

No vuelve *Vaca de Guzman* á encontrar la gallarda y calorosa entonacion de *Las Naves*, aunque casi siempre es versificador valiente y numeroso. En las églogas decae notablemente, y se torna prosaico como los más de los poetas de su tiempo. Este género de poesía artificial y acompasada cuadraba mal á su imaginacion viva y espontánea. Los asuntos heróicos le inspiraban, y adquiria con ellos lozana expresion y altos pensamientos. En los versos cortos campea siempre el desembarazo del versificador. Suele ser desigual, y no pocas veces atrevido y desacertado en la eleccion de las palabras y de las frases; pero casi nunca le faltan ingenio y arranque. Véase, por ejemplo, la graciosa cantilena *La muerte de la rosa*. Al paso que cae en la extravagancia de llamar á la aurora *del sol embajatriz*, escribe estos fáciles versos, en que hay algo del sabor de la poesía antigua castellana:

Llegó ¡penosa suerte!
La primavera en fin,
Florida para todos
Y seca para mí.
¡Ay Mayo fementido,
Detesto tu matiz!
No le tejais, oh plantas,
Guirnaldas del jardín;
Que ha marchitado el Mayo
La pompa del Abril.
Abrió una tierna rosa,
Reina jurarla vi....

.....
.....
¡Ay fragancia exhalada!
¡Ay púrpura infeliz!
¡Ay cómo equivocasteis
El nacer y el morir!
Fué entre la cuna y tumba
La línea tan sutil,
Que no sé distinguirla,
Aunque la sé sentir,
Al ver que ha hollado el Mayo
La pompa del Abril.

Su númen flexible era á veces vivo y ameno, como se ve en el romance que empieza:

¡Hola! espera, serranilla,
La del faldellin de flores.
.....

La coleccion de vidas brevisimas de santos, que él llama *Himnodia ó Fastos del Cristianismo*, es una mezcla singular de faltas y de aciertos. Caminan juntos el prosaismo y el conceptismo, la audacia innovadora y los vicios de la rutina, la admiracion fervorosa de las heroicas virtudes de los santos y la monstruosa amalgama de recuerdos mitológicos y cristianos; y al lado de todo esto y de no pocas locuciones extravagantes y de graves resabios de mal gusto, asoma el movimiento poético de una imaginacion que se enardece con facilidad, pero que se contenta con la expresion irreflexiva de su arrebató, y no sabe ó no quiere detenerse á completar y acrisolar sus obras.

Quintana no fué indulgente ni justo con *Vaca de Guzman*, omitiendo desdeñosamente hasta su nombre en el *Tesoro del Parnaso español* y en el bello estudio crítico que escribió acerca de la poesía castellana del siglo XVIII. *Vaca de Guzman*, con todos sus defectos, es más poeta que el *Conde de Noroña* y algun otro que de buen grado admitió *Quintana* en su coleccion.

CAPÍTULO XIII.

Fabulistas.—Carácter poco poético del apólogo.—Impropiedad de su aplicacion á la enseñanza de la juventud.—*Samaniego*.—*Iriarte*.—Su poema de *La Música*.—Su prosaismo.—Su incontestable mérito.—Plaga de fábulas.—*Rentería*.—*Pison*.

En aquellas épocas en que la poesía, fruto exclusivo de la civilizacion, es más reflexiva que inspirada, nacen fácilmente escritores que cultivan la fábula y el apólogo con predileccion y con éxito.

Quando se considera por una parte lo que fué el apólogo en la antigüedad asiática, donde

tuvo su cuna, y, por otra, que la versificacion no es, en la fábula, sino una envoltura graciosa y pintoresca de un pensamiento ante todo simbólico, sensato y filosófico, cuesta trabajo convencerse de que deba ser tenida por un género sinceramente poético, en la acepcion propia y elevada de esta palabra. La fábula es cuento, emblema, leccion, sátira; es todo ménos verdadera poesía. Por eso *Lamartine* profesa á las fábulas tan enconada aversion, que, arrojando el torrente de la opinion tradicional del pueblo frances, se atreve á atacar implacablemente, no sólo las fábulas de *Lafontaine*, que son sin duda las primeras de los tiempos modernos, sino hasta la persona misma del autor. No queremos resistir á la tentacion de reproducir aquí algunos renglones de la elocuente censura que inspira á *Lamartine* su indignacion contra las fábulas:

Era yo un espejo vivo (habla de su adolescencia), que el polvo del mundo no habia empañado, y en el cual reverberaban las obras de Dios... Me hacian aprender de memoria fábulas de *Lafontaine*... Grima me daban aquellas historias de animales que hablan, que se dan lecciones, que se burlan unos de otros, que son egoistas, zumbones, avaros; que no sienten lástima ni amistad; que son en verdad más malos que nosotros. Las fábulas de *Lafontaine* son más bien la filosofía dura, fria y egoista de un anciano, que la filosofía cariñosa, ingenua, generosa y sana de un niño; es hiel, y no la leche que conviene á labios y á corazon de tan temprana edad. Me repugnaba el libro, y no sabia por qué. Más adelante he llegado á saberlo. El libro no es bueno; y ¿cómo pudiera serlo, si el autor no lo era? No parece sino que le han apellidado por burla *el buen Lafontaine*. Era un filósofo de mucho ingenio, pero un filósofo cínico. Y ¿qué pensar de una nacion que da principio á la educacion de sus hijos con las lecciones de un cínico? Este hombre, que no conocia á su hijo, que vivia sin familia, que con mengua de sus canas escribia cuentos obscenos para enardecer las pasiones de la juventud...; este hombre, á quien nunca mencionan ni *Racine*, ni *Corneille*, ni *Boileau*, ni *Fénelon*, ni *Bossuet*, no era un varon cuerdo, ni respetable, ni sencillo. Doce versos sonoros, sublimes, religiosos de *Atalia* desvanecian en mi oido todas las cigarras, todos los cuervos y todas las zorras de aquella pueril casa de fieras. Nada ha podido aplacar desde entónces mi antipatia á las fábulas.

Por más que se resienta algun tanto de intolerancia este vehemente y austero juicio, es incontestable que hay en las razones de *Lamartine* fuerza incisiva y poderosa; y no es difícil comprender la ira contra un género tan artificialmente intencionado, en un hombre que, como poeta, no sabia vivir sino en la celestial esfera de su lirismo místico.

Como quiera que sea, no es dable negar que insignes escritores, como *Samaniego* é *Iriarte*, pueden ser grandes fabulistas sin ser grandes poetas. El apólogo, no obstante, poético ó no, adecuado, ó no, á la educacion de los niños, es un género literario que requiere, si no encumbrado númen, gran delicadeza de ingenio, de intencion y de moral sentido; género harto difícil, con apariencias de llano y de trivial, en el cual muy pocos sobresalen. Innumerables fabulistas hay en España; sólo *Samaniego* é *Iriarte* son consumados maestros. *Samaniego* fué el primero que dió á las fábulas, entre nosotros, la rapidez, la naturalidad expresiva, la gracia peculiar que requieren. Imitó á *Esopo*, á *Fedro*, á *Lafontaine* y á *Gay*, estampando el sello castellano en los asuntos de estos famosos escritores; pero las que hizo de su propia invencion, como la admirable de *El jóven filósofo y sus compañeros*, en nada desdícen, en cuanto á la profundidad de la idea, de las más celebradas de sus ilustres antecesores, y quizá las aventajan en la concision, en la candorosa malicia, en la claridad narrativa, en el hechicero abandono de la expresion. Estas fábulas, como todas las del mundo, no son sólo lecciones de virtud; lo son tambien, hasta cierto punto, de artificio, de astucia y de mundano desenfado; pero hay al propio tiempo en ellas cierta sencillez de intencion, cierta inocente lisura de estilo, no impropia de los niños, que las habria hecho acaso llevaderas y aún agradables al descontentadizo *Lamartine*.

Quintana y otros, engañados por este pasaje de *Samaniego*:

En mis versos, *Iriarte*,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo...

han creido que el fabulista de *Vergara* «siguió las huellas» del fabulista madrileño. No fué así, por fortuna. *Samaniego* se refiere en general á los versos de *Iriarte*, que por entónces ad-

miraba. No era éste su rival todavía. Las *Fábulas literarias* fueron publicadas cuatro años después de las *Fábulas morales* de Samaniego (1). Y hemos dicho *por fortuna*, porque, á haber imitado Samaniego las fábulas de Iriarte, su estilo habría sido más terso y atildado, pero habría perdido probablemente en espontaneidad y en despejo.

Samaniego había pasado en Francia algunos años de su primera juventud. Las ideas que allí á la sazón preponderaban, habían amenguado en su ánimo el santo tesoro de las tradiciones morales de la patria. Se hizo hombre despreocupado á la manera de aquellos tiempos de turbación. Sus poesías líricas se resienten de esta tendencia, paralizadora de la inspiración alta y fervorosa. Se hizo cínico al estilo de Lafontaine, á quien con predilección había estudiado, y escribió también cuentos obscenos, sembrados de epigramáticas agudezas, pero de tan escabrosa índole, que ha sido imposible darlos á la estampa.

Iriarte es el único competidor verdadero que ha tenido Samaniego. Yo no haré comparación, como la han hecho tantos otros, entre las fábulas de los dos autores. Siempre nos han parecido ociosos y aún perjudiciales estos paralelos entre dos cosas admiradas y admirables; en los cuales, del ingenioso análisis resultan siempre ambas algo lastimadas.

Las *Fábulas literarias* se imprimieron por primera vez, en la Imprenta Real, el año de 1782. El ser la primera colección de fábulas todas originales; su objeto, exclusivamente encaminado á ridiculizar los vicios de las letras; la pureza del lenguaje; la gracia del estilo; la fecundidad de la invención; la soltura de la versificación, y hasta la variedad de los metros; todo contribuyó á llamar sobre esta obra la admiración del público, esto es, el aplauso de los imparciales y los ataques de los envidiosos.

Pero juzguemos bajo otros aspectos el talento lírico de Iriarte.

En 1780 imprimió en la Imprenta Real, con bellísimos caracteres y con seis primorosas láminas, su poema de *La Música*, así dividido:

Canto I.—Elementos del arte: *sonido y tiempo*.

Canto II.—Expresión de afectos.

Canto III.—Cuatro clases de música: en el templo; en el teatro; en la sociedad; en el retiro.

Canto IV.—Música teatral.

Se necesitaba todo el imperio que llegan á alcanzar en épocas de disciplina doctrinal, modas literarias y géneros convencionales, para que un hombre tal como Iriarte, dotado de clarísimo entendimiento y de todo el buen gusto encadenado y relativo que cabía entonces en un distinguido *humanista*, emprendiera la escabrosa tarea de poner en verso las reglas minuciosas y complicadas de la música. Causa lástima verle enredado en explicar afanosamente el análisis y la división de las escalas *diatónica* y *cromática*. Dice así, por ejemplo, hablando de la primera:

Distribuida así, la escala forma
El modo que *mayor* se denomina;
Pero para el *menor* se la destina
Diversa progresión, diversa norma.
Entonces ya es preciso que aquel grado

De un semitono, que al subir contaba,
Entre tercera y cuarta colocado,
Medie entre la segunda y la tercera,
Y el otro, de la séptima á la octava,
Entre la quinta y sexta se transfiera...

Y ¿puede esto llamarse poesía?

Casi todo el poema está escrito en semejante estilo, y apenas asoma en algún pasaje, no el entusiasmo poético, que éste no hay que buscarlo en esta obra de Iriarte, mas ni siquiera un eco del embeleso que indudablemente causaba la música en su ánimo. Tocaba Iriarte con mediana habilidad el violín y la viola, y en una de sus epístolas familiares se complace en recordar que una orquesta de aficionados ejecutaba en su casa obras suyas. Él mismo lo dice en estos versos:

(1) Véase lo que al frente de las *Poesías de Samaniego*, publicadas en Vitoria, dice acerca de este punto el señor don Eustaquio Fernández de Navarrete.

Y aun con benignidad los circunstantes
Oyen mis sinfonías concertantes...

versos que de propósito reproducimos en este lugar, como muestra del ínfimo punto á que llegaba á descender alguna vez la entonación poética de Iriarte.

En el poema intenta de cuando en cuando iluminar con algún rasgo lírico el caos prosáico de las explicaciones técnicas; pero no acierta nunca con los colores, las imágenes y las emociones que son fruto espontáneo y exclusivo de la inspiración.

En suma, todo el orden, toda la claridad de estilo, todo el desembarazo descriptivo, todo el hechizo de un lenguaje castizo y acendrado, prendas admirables de Iriarte, no alcanzan á impedir que se lea sin esfuerzo y sin fatiga su enfadoso poema. A pesar de las alabanzas de Metastasio y de otras autoridades literarias (1), esta obra no añadió un quilate siquiera á la gloria de Iriarte; antes bien le acarrió diatribas, y con ellas sinsabores sin cuento, mientras que la posteridad justiciera, condenando á desdén olvido el poema de *La Música*, no ha hecho más que confirmar en esta parte el fallo de los contemporáneos de Iriarte.

Una sola vez, conmovido al recuerdo de las peregrinas inspiraciones de Haydn, da Iriarte con el sentimiento poético de la música, y expresa su admiración con el entusiasmo lírico de un verdadero poeta, que canta con fuerza y espontaneidad lo que siente. Pero ¡cosa singular! esto no le sucede nunca en el poema didáctico, donde apura todo su esmero y toda su ciencia musical. Este arranque sincero de emoción artística le asalta en un bellísimo romance llano y familiar, escrito sin pretensión alguna, pero lleno de ingenio y gallardía. Hé aquí algunos versos:

Haydn, músico alemán,
Compositor peregrino,
Con dulces ecos se lleva
Gran parte de mi cariño.
Su música, aunque le falte
De voz humana el auxilio,
Habla, expresa las pasiones,
Mueve el ánimo á su arbitrio.
Es pantomima sin gestos,
Pintura sin colorido,
Poesía sin palabras (2)
Y retórica con ritmo;
Que el instrumento á quien Haydn
Comunica su artificio,
Declama, recita, pinta,
Tiene alma, idea y sentido.
Si las diferentes voces
Corren por tonos distintos,

Si se alternan, si se imitan,
Si á un tiempo cantan lo mismo,
Si callan de golpe todas,
Si entran todas de improviso,
Si débiles van muriendo,
Si resucitan con brío,
Solas, juntas, prontas, tardas,
Todas por varios caminos
Excitan un mismo afecto,
Llevan un mismo designio.
Ó expresan gritos de furia,
Ó de amor tiernos suspiros,
Ó el llanto de la tristeza,
Ó el clamor del regocijo.
Su poderosa armonía,
Ya llama el sueño tranquilo,
Ya alienta el valor marcial,
Ya incita al baile festivo.

(1) El poema de *La Música* fué muy celebrado dentro y fuera de España. El *Journal de la Littérature* (1780) dijo, entre otras cosas: *Il serait difficile de refuser à son auteur un talent réel pour la poésie, et en même temps il n'est guère possible de lire un poème didactique plus complet et plus sagement composé.*

Otros periódicos de París, de Roma, de Viena, de Parma, de Florencia y otras ciudades colmaron de alabanzas á Iriarte; pero lo que más halagó su amor propio, por la alta autoridad poética de que procedía, fué una carta muy amistosa y laudatoria que le escribió Metastasio. Decíale, entre otras cosas:

L'armoniosa, vivace e nobile facilità del suo stile, che mette d'accordo à meraviglia con gli allettamenti del Parnasso l'ordinata e rigida essattezza della cattedra, ed il vasto tesoro di pellegrine co-

gnizioni, delle quali, in età così florida (tenía Iriarte veinte y nueve años), a già saputo fornirci, debbono esigere à buona equità l'ammirazione del pubblico; ma quel sapere Oraziano, cioè è, il buon giudizio, che così spesso si desidera nei più venerati scrittori, e che costantemente regna nei di lei raziocini, mi scuopre tutto il vigore del suo ingegno, ed in quel che già donna, tutto quel che promette.... Sarei più diffuso, anzi la pregherei di sofferirmi in un regolamento commercio di lettere, se l'età che mi va defraudando le fisiche facoltà, e particolarmente dello scrivere, non si opponesse al mio desiderio; mi sia certa in tanto V. S. Illma. ch'io sinceramente l'ammiro.... — PIETRO METASTASIO.—Viena, 25 Aprile 1780.

(2) Es singular la coincidencia de la manera de expresar en este verso el sentido imitativo de la música con la empleada mucho después por Mendelssohn, *Canciones sin palabras (Lieder ohne worte)*, para dar nombre á algunas de sus admirables melodías.

No afecta su melodía
Estudiados gorgoritos,
Difíciles menudencias,
Todos adornos postizos

Con que se finge grandioso
El canto pobre y mezquino,
Que olvida llegar al alma
Por engañar el oído.

La verdadera gloria literaria de *Iriarte* se cifra en sus dos excelentes comedias *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, y singularmente en sus inimitables *Fábulas literarias*, donde campean en grado eminente el orden, la claridad, la intencion, la gracia, la concision y la propiedad descriptiva. En balde Florian, que sinceramente las admiraba, quiso imitarlas. Pudo aprovechar los pensamientos, pero, ingenio artificial y afectado, no le fué dado seguir la encantadora y delicada naturalidad de estilo del poeta español.

Por alguno que otro verso de imperfecta estructura, y singularmente por aquel tan célebre por su falta de cadencia armónica,

Las maravillas de aquel arte canto,

llegó á acreditarse la idea de que *Iriarte* era perverso versificador. Nada más injusto. Por lo comun versifica con gala y lozanía, y en las fábulas y en algunos de sus fáciles y amenos sonetos raya á menudo en la perfeccion la estructura métrica.

Todavía hay quien niegue á *Iriarte* todo linaje de instinto poético. Este juicio es tambien injusto, como suelen serlo los juicios extremados. Ciertamente carecia del sentimiento poético de la naturaleza; esto lo demuestra su insulsa y desmayada égloga *La felicidad de la vida del campo*, donde no hay vida, ni entusiasmo, ni entonacion; donde á veces el prosaismo llega á ser tan rastrero y tan irrisorio, que cree el lector tener ante los ojos alguna composicion candorosa de don Gregorio Francisco de Salas (1). Pero en cambio rebosa el ingenio en muchas de sus obras poéticas, que son las ménos conocidas. No era *Iriarte* poeta soñador, ni sabia volar su imaginacion por los espacios sublimes de la idealidad. Era ante todo hombre de sociabilidad y de cultura. No hay que pedirle arrobamientos místicos, ni afectos profundos, ni arranques de elevacion lírica. Hay que contentarse con juzgar al poeta tal como Dios le hizo, con admirar la claridad y limpieza de su lenguaje, el desembarazo de su entendimiento, su sana instruccion, su correcta soltura, su donaire satírico.

Ha sido muy censurado *Iriarte* por el engreimiento de su carácter, que tan á las claras se descubre en sus reyertas literarias con *Huerta*, con *Sedano*, con *Melendez* y con *Fórner*. Flaqueza fué sin duda en *Iriarte* caer en la tentacion de atacar la égloga *Batilo*, premiada por la Academia Española, con el propósito de hacer resaltar la soñada injusticia de haber sido antepuesta en el certámen la égloga de *Melendez* á la suya, tan evidentemente inferior á aquélla. Los literatos de más nota aplaudieron el acertado fallo de la Academia. *Berquizar*, por ejemplo, el insigne traductor de Píndaro, uno de los pocos críticos españoles del último siglo que tenían juicio propio, y no se dejaban arrastrar á ciegas por la autoridad de los preceptistas franceses, da abiertamente la preferencia á la égloga de *Melendez* (2).

En cuanto á las luchas de *Iriarte* con los demas escritores, la posteridad no puede olvi-

(1) Sirvan de testimonio estos versos:

Aunque ése, á la verdad, es mi proyecto,
Tan pronto no podré llevarle á efecto.....
.....
Aquí, sin las nocivas distracciones,
Á las ocupaciones
Te puedes aplicar de la labranza.....

El prosaismo no puede ir más allá. Esto, en verso, es más prosaico que la prosa misma.

(2) «Los grandes líricos (dice en su *Discurso sobre el carácter de Píndaro*) no hablan al entendimiento en derechura, sino por medio de la imagi-

nacion exaltada. Todos los razonamientos van disfrazados y encubiertos bajo el agradable velo de las imágenes, las figuras, las expresiones poéticas. La poesía antigua jamas tiene visos de disertacion filosófica, como la moderna. Por eso es aquélla siempre amena, y ésta frecuentemente árida. Esta sola reflexion da á la égloga premiada, *Batilo*, una superioridad declarada sobre su competidora. Los Horacios, y mucho más los Píndaros, no miraban los objetos tan á compas y sangre fria como los Batteux y los Condillac, que los analizan.»

dar, para disculparlo, que reinaba por aquel tiempo un espíritu extraordinariamente belicoso en la república de las letras, y que *Sedano*, *Huerta* y *Fórner* no eran ni ménos agresivos ni ménospreciados que *Iriarte*. El hecho es, sin embargo, que hombres de ánimo imparcial y templado, como *fray Diego Gonzalez*, desaprobaban el orgullo de *Iriarte*, que le inducia á hablar con menosprecio de aquellos escritores que le habian precedido en la misma senda, ó que habian demostrado diferente espíritu literario (1).

Grandes sinsabores le acarrearón las recias acometidas de sus enemigos literarios. Ninguna le llegó tan al alma como las de *Fórner*. Conservó hasta su muerte la impresion que le habian producido *El Asno erudito* y *Los Filósofos chinos*. Á los agudos dolores de la gota, enfermedad que le llevó al sepulcro un día ántes de cumplir cuarenta y un años, se unia, para hacer más amargas sus últimas horas, el dolor moral que le causaban la injusticia, la envidia y la intolerancia de sus compatriotas. *Iriarte* atribuye en parte á aquellos sinsabores el decaimiento físico que agotaba su vida. Así lo da á entender en este melancólico verso:

¡El libro vive, y el autor perece!

de un soneto que dictó desde el lecho, pocos días ántes de su muerte, y fué el último parto de su ingenio (2).

La fama de *Iriarte* no ha disminuido con el trascurso de los años, como la de tantos otros que resplandecieron con falsa luz en el último siglo. La edad presente no puede olvidar, ni sus fábulas, ni sus ingeniosos sonetos, ni algunas de sus comedias; y, si no le concede la palma de los grandes poetas, le tiene, con fundamento, por un gran hablador y por un ingenio simpático y esclarecido.

La moda de las fábulas, sancionada por el triunfo brillante y merecido que habian alcanzado *Samaniego* é *Iriarte*, llegó á ser una especie de invasion literaria. Un año ántes de que *Samaniego* diese á luz sus *Fábulas*, publicaba en Bolonia el sabio jesuita *Lasala* una traduccion en versos latinos de las *Fábulas de Locman*, hecha directamente del texto árabe. Cuatro años despues (1784) un latinista, don Miguel García Asensio, daba á la estampa, en Madrid, una traduccion castellana de las mismas *Fábulas*, para la cual habia tomado por texto la version de *Lasala*. En los años inmediatos se imprimieron traducciones de las *Fábulas de Lafontaine*, sobresaliendo entre ellas la que publicó en 1785 don *Bernardo María de Calzada*, tra-

(1) Así lo expresa el maestro *Gonzalez* en el siguiente párrafo de una carta que escribió á *Jovellanos*, el 2 de Setiembre de 1777:

«He leído con singular complacencia el *Anti-Lucrecio* (poema del Cardenal de Polignac). Acaso la mucha intencion con que lo lei en un tiempo demasiadamente caluroso, ha sido la única causa de lo mucho que he padecido. Tambien he leído una parte de la traduccion del *Arte poética* de Horacio hecha por don *Tomas de Iriarte*. Me ha desagradado mucho el discurso preliminar, en que tan sin piedad trata á *Espinél* y *Morell*, aunque no dejo de conocer que en algunos reparos no deja de tener razon *Iriarte*. Pero tambien soy de parecer que á la traduccion de éste se pudieran poner muchos más reparos, y acaso más sustanciales, que los que él hace en las otras. No puedo llevar en paciencia la inteligencia que da al *Sectantem levius nervi deficient*; ni el que reprenda á los otros de haber metido algun ripio en sus versos, cuando él en los suyos los mete á carretadas. No dejo por eso de confesar que su traduccion es buena por lo regular; pero este mérito

debía él concederle á los otros traductores, y no haberlos ultrajado tanto..... *Liseno* (el padre Fernandez), que me envió este impreso, y le leyó con mucho espacio, me escribe muy irritado contra el nuevo traductor, y le nota más faltas que él á *Espinél* y *Morell*.» (Coleccion de autógrafos del señor Marqués de Pidal.)

(2) Hé aquí el soneto de *Iriarte*, que hemos encontrado, manuscrito, entre los papeles de *Fórner*:

Lamiendo reconoce el beneficio,
El can más fiero, al hombre que le halaga;
Yo, escritor, me desvelo por quien paga
Ó tarde ó mal ó nunca el buen servicio.
La envidia, la calumnia, el artificio,
Cuya influencia vil todo lo estraga,
Con más rabiosos dientes abren llaga
En quien abraza el literario oficio.
Así la fuerza corporal padece,
Falta paciencia, el ánimo decae,
Poca es la gloria, mucha la molestia.
¡El libro vive, y el autor perece!
¿Y amar la ciencia tal provecho trae?—
Fues doy gusto á *Fórner*, y hágame bestia (a).

(a) Alude á *El Asno erudito*.

ductor, entónces muy conocido, de varias obras dramáticas francesas. Por aquellos tiempos llegó á desencadenarse la vena apológica de los españoles. *Arriaza*, cuyo humor chancero no perdonaba cosa alguna, decia á fines del siglo (1796): «Reina en la córte una plaga de fábulas, como la pudiera haber de tercianas.»

No se requiere, para cultivar con fruto este género literario, ardorosa y alta fantasía; bastan vivo ingenio, sencillo estilo, intencion moral. No adornaban, por cierto, estas prendas á la mayor parte de los que, así en Madrid como en las provincias, atestaban los periódicos de aquel tiempo de triviales é insulsas fábulas. Uno de los fabulistas ménos enfadosos de aquella era es sin duda *don José Agustín Ibañez de la Rentería*. Soltura en la versificación, naturalidad de estilo, en verdad prosaica, y cierta intencion política, tan contenida y disfrazada cual lo exigía el sistema gubernativo de Carlos III, son las únicas circunstancias dignas de atencion en las fábulas originales de *Rentería*. Aquellas cuyos argumentos tomó de otros autores, están por lo general escritas sin espontaneidad y sin gracia, y no fué en él poca osadía escoger algunos asuntos tratados ya magistralmente por *Samaniego*. Era, no obstante, *Rentería* hombre verdaderamente modesto, y escribió las fábulas, no para ganar nombre, sino por mero pasatiempo. *Samaniego*, cordial amigo suyo, corrigió estas fábulas, é indujo al autor á darlas á luz (1).

El Raposo, una de las dos fábulas que con este título escribió *Rentería* (2), fué tenida en 1788 por una sátira política contra Floridablanca, escrita y propagada por la parcialidad del Conde de Aranda. Corrian las copias de mano en mano hasta entre las damas de la alta aristocracia. El honrado ministro, ó por cautela, ó mortificado con el emblema del raposo, intentó poner en claro si la fábula era en efecto un manejo político de sus enemigos. El Superintendente general de Policía, y hasta el Consejo de Castilla, intervinieron en la aclaración; pero las dudas no se desvanecieron hasta que *Samaniego*, á quien se habia achacado la fábula, escribió, desde Vergara, que era obra de un mozo muy aventajado y muy amigo suyo, residente en Bilbao, «quien lo decia públicamente y muy tranquilo, por no envolver aquello malicia ni arcano» (3).

La supuesta sátira perdió el aplauso al perder la malicia, y quedó reducida á lo que es en sí: una inocente fábula, poco merecedora de éxito tan ruidoso.

No inferior en mérito á *Rentería*, y harto semejante á éste en defectos y cualidades, merece ser citado otro fabulista de aquella época, *don Ramon de Pison*, ministro togado del Real y Supremo Consejo de la Guerra, que, con el transparente anagrama *Roman de Pinos*, imprimió, á fines del último siglo, muchas fábulas en los periódicos de Salamanca y de Madrid (4). Pero nada más diremos de este escritor; ni mencionaremos siquiera otros varios fabulistas que, con ménos prendas todavía que *Rentería* y *Pison*, cultivaron el apólogo sin doaire, sin elevación, sin originalidad, sin hechizo alguno.

(1) Á ruego tuyo, y tal vez en mi daño,
Mis versos publiqué....

(Fábulas en verso castellano, por don José Agustín Ibañez de la Rentería.—APOLO Y LOS PORTAS. El autor á su amigo don Félix María de Samaniego.—Fábula 1.^a, libro II, tomo II. Imprenta de Villalpando, 1797.)

(2) Es la que empieza así:

De un leon poderoso,
Ministro principal era un raposo,
Por lo sagaz y astuto;
Orgullo como el hombre tiene el bruto....

Fué publicada por primera vez en el *Diario de Madrid* del 4 de Agosto de 1788. Al año siguiente se reimprimió en la colección de *Fábulas en verso castellano*, por don José Agustín Ibañez de la Rentería. Imprenta de Aznar, 1789, pág. 109.

(3) *Historia del reinado de Carlos III*, por don Antonio Ferrer del Rio.

(4) Las más de ellas se publicaron despues en colección. Madrid, imprenta de Ibarra, 1819.

CAPÍTULO XIV.

Consecuencias antipoéticas de la reforma doctrinal.—Prosperidad del prosaismo.—Olavide.—Salas.—Silva Bazan.—Merás.—Olmeda.—Pichó y Rius.—Imperio de la égloga.—Artificio de la poesía campestre.—Su desnaturalización.—Abuso de las clasificaciones doctrinales.—Poesía didáctica.—Rejon de Silva.—Moreno de Tejada.—Enciso.—Perez de Célis.—El padre Vanière.—Poesía fruslera.—El bachiller Dueñas.—El Marqués de Ureña.—El Marqués de Méritos.—Regimiento de la *Posma*.

La reforma doctrinal, ejercida por una crítica estrecha y meticulosa, á fuerza de encarecer la llaneza y la claridad, y de hacer estribar una parte muy principal del valor poético en el respeto á amaneradas formas y á clasificaciones arbitrarias, acarrió á la poesía la mayor de las desventuras: el prosaismo; pero un prosaismo cual no se habia visto jamas. *Montiano*, los padres *Burriel*, *Benavente*, *Isla*, *Montegon* y otros poetas precursores del prosaismo de *Iriarte*, procuraban, aunque las más veces sin fruto, dar á su estilo, cada uno segun su fuerza y su índole, cierto color de ingenio. Ahora, temerosos de que el ingenio parezca como un denunciador de gongorismo, despojan sin escrúpulo á la poesía de su fuego y sus galas. Y claro es que haciendo descender el *quid divinum* á esta esfera humilde y rastrera, todo aquel que manejaba mediana y aún malamente la prosa, se atrevió á subir al *Parnaso* creado por los preceptistas, que de otro modo habria sido para ellos inaccesible.

El carácter histórico del presente estudio nos impone la triste tarea de recordar algunos de aquellos poetas infelices. Interminable sería el catálogo; pero nos limitaremos á ciertos nombres que alcanzaron extensa fama.

Uno de ellos es *don Pablo Olavide*, el célebre autor de *El Evangelio en triunfo*. En su version castellana de los *Salmos de David* y de los *Cánticos de Moisés*, y principalmente en *Los Poemas cristianos*, es la poesía de este escritor uno de los ejemplos más señalados del límite inverosímil adonde puede llegar la llaneza prosáica y desmayada de aquellos que carecen completamente del sagrado fuego de las artes.

Olavide era hombre de imaginación impresionable y de ánimo activo y emprendedor. El tiempo que pasó en París en compañía del *Conde de Aranda* ensanchó el campo de sus ideas, naturalmente inclinadas á la civilización y á las mejoras públicas, al paso que contagió no poco su espíritu con las doctrinas escépticas y atropelladamente innovadoras que á la sazón fermentaban en la nación vecina. Imprudente en sus conversaciones y tildado por sus opiniones poco ortodoxas en materia de religion, fué perseguido por la Inquisición, y preso en 1776, siendo asistente de Sevilla y director y gobernador de las nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. Al oír que era declarado *hereje* en la sentencia leída por el fiscal, en un *autillo* celebrado el 24 de Noviembre de 1778, en el tribunal de Córte, á puerta cerrada, pero ante sesenta personas de cuenta, no pudo sobreponerse á la amarga impresión de vergüenza y acaso de remordimiento, y cayó desmayado del banquillo donde estaba sentado como reo, con una vela verde en la mano (1). Esta terrible humillación de un hombre grave y encumbrado, que habia prestado grandes servicios al Estado, hubo de parecer repugnante espectáculo á fines del reinado de Carlos III, cuando la Inquisición habia ya perdido su antiguo rigor y su desmedido poder, y tales procedimientos iban cobrando trazas de anacronismo. Nadie dudaba de que *Olavide*, llevado de la amistad que le unia con *Voltaire*, *Rousseau* y otros filósofos franceses, y arrastrado por su imaginación aventurera, ha-

(1) Tenemos á la vista una relacion circunstanciada de este autillo, perteneciente á los papeles del obispo *Tavira*. «Presenciaron (dice) este lastimoso espectáculo los duques de Granada, Híjar y Abrantes; los condes de Mora y de Coruña; tres conseje-

ros de Castilla; dos de Hacienda; de Indias, Órdenes y Guerra, uno de cada uno; tres oficiales de Guardias, etc... Salió sin la insignia del hábito de Santiago.»